

Archivo personal de Vicente Quirarte



Martín Quirarte Ruiz (1924-1980)

## Resumen

*La Invencible*, novela, prosa poética, varía invención, es la única manera que tiene un escritor para entender las (sin)razones de la decisión entre la vida y la muerte. Una explicación facilitada sería la de exorcizar el duelo por el suicidio del padre. No es el caso. Sí lo es el de entender las necesidades de cumplir una vocación. Por eso el recuento de los detalles significativos de una existencia cifrada en el heroísmo de pensar y de escribir.

## Abstract

*La Invencible*, novel, prose poetry, random invention is the only way for a writer to understand the (un)reasons for the decision between life and death. A simplistic explanation would be to exorcise the grieving of father's suicide. Not the case. But is so to understand the needs to accomplish a vocation. Therefore the remembrance about significant details of a life measured in the heroism of thinking and writing.

**Palabras clave / Keywords:** Amor, vida, muerte, vocación, desasosiego / Love, life, death, vocation, inquietude.

José Francisco Conde Ortega\*

*Así quisiera yo mi último poema  
Que fuese tierno diciendo las cosas más  
simples y menos intencionadas  
Que fuese ardiente como un sollozo  
sin lágrimas  
Que tuviese la belleza de las flores  
casi sin perfume  
La pureza de la llama en que se consumen  
los diamantes más límpidos  
La pasión de los suicidas que se matan  
sin ninguna explicación.*

Manuel Bandeira

“Alcohol y amor son dos palabras milagrosamente emparentadas”, escribe Vicente Quirarte.<sup>1</sup> Y Allí encuentra, quizá, la fórmula que encierra la cifra de todos los demonios y todos los ensueños. En ella encuentra “el mismo número de sílabas”, el acento contundente y las vocales “más abiertas y elementales del alfabeto”.<sup>2</sup> Con ellas se escriben las palabras que necesitan una liturgia que comparten sólo aquellos que han aprendido a tener en el pecho “un perro enloquecido”; los que asumen que para vivir en este mundo hay que saber, únicamente, que la Invencible es una y trina: la Muerte, diosa omnipotente e insobornable; la Vida, encarnación suprema y transitoria, y la Vocación, espíritu laico y exigente.

\* Departamento de Humanidades, UAM Azcapotzalco.

<sup>1</sup> Vicente Quirarte, *La Invencible*, p. 103.

<sup>2</sup> *Loc. cit.*

Son los fundamentos de una religión heterodoxa, pero real; asaz herética, pero firmemente cumplida por oficiantes que entienden la existencia como el arte mayor de los sentidos y la inteligencia; por los que conocen la verdadera luz después de probar el suavísimo licor en los labios de una mujer; por los que convocan a la amistad para librar bien armados los fieros combates rutinarios. Es la religión de los que no saben vivir a medias: los borrachos, los enamorados y los enloquecidos. Los que encontraron en la cantina un lugar para oficiar, a solas, el ritual consagratorio de la vida. A solas, pero dignamente acompañados, como enseñó Efraín Huerta. No “aque-llos que vivieron sin merecer alabanzas ni vituperio”.<sup>3</sup> Por eso es mejor inmolarse en el infierno insobornable de la Vida con todas sus consecuencias, escuchando el eco de la voz prudente del “Mantuano Tí tiro”:

Hemos llegado al lugar donde te he dicho que verías  
a la dolorida gente que ha perdido el bien de la inteligencia.<sup>4</sup>

Y como toda religión, su santoral es vasto y riguroso; contradictorio muchas veces y otras tantas indiferente. Su figura y sus nombres son invocados a todas horas: Belleza, Verdad, Desencanto, Placer, Libertad, Dicha o Soledad, todos a la espera de prodigar sus dones, aun los más ambiguos. Por eso, tal vez, la potestad de una figura suprema, cuyo manto y advocaciones son el último refugio de los que se atrevieron a preguntar el porqué de todas las cosas en la vida: Nuestra Señora Melancolía, conocida por otros oficiantes como Bilis Negra, Acedia, Demonio del Mediodía. Ella, con su control supersticioso del mundo, ha obligado a todos los guerreros a llegar al límite de sus fuerzas; a pensar, incluso, en la claudicación. No obstante, su designio inexorable es poner al que combate frente a la Laicísima Trinidad, para que entienda su Destino y lo decida. Escribe Vicente Quirarte:

Los auténticos vencidos no se salvan. Los enamorados a veces lo consiguen. Voraces como nadie, el amor los parte como un rayo seco y les otorga la posibilidad de la resurrección. [...] Únicamente el samurái que

<sup>3</sup> Dante Alighieri, *La Divina Comedia*. Canto III.

<sup>4</sup> *Loc. cit.*

se hunde su *obediente acero*, altivo y fulgurante como nunca, es señor de la vida y de la muerte.<sup>5</sup>

Y Vicente Quirarte escribe *La Invencible* como una manera de hacer tangible el esfuerzo de un guerrero –su padre– por entender ese destino insobornable. Es así como indaga en el sentido primigenio de la Vida, la Muerte y la Vocación, la moneda de tres caras, la única con la que el azar no es caprichoso, sino que, por la intervención de la Señora Oscura, va haciendo claros los complejos mecanismos de su causalidad. Un puente, unos amigos, unos libros y otros fragmentos de vida, trazan, de este modo, una bitácora de navegación para entenderse a sí mismo. Como Bernardo Soares, es el amanuense de otro *Libro del desasosiego*. Por eso no podría suscribir la sentencia del lusitano luminoso:

—Amar es cansarse de estar solo: es pues una cobardía y una traición a nosotros mismos (importa soberanamente que no amemos).<sup>6</sup>

Así, el libro se constituye en una búsqueda de los detalles más significativos que ayudaron a confirmar una vocación centrada en el combate de todos los días contra ese artilugio de la existencia que llamamos vida. Por eso, una mañana en el sur de la Ciudad de México –Ciudad Universitaria– en un puente y una decisión definitiva son el disparadero para indagar en esos motivos del desasosiego. Una fecha, una hora, un lápiz, algún testimonio constituyen, de este modo, una brújula más certera para rehacer una ruta, acaso señalada por una bitácora que, de tan evidente, pareciera ocultar las razones rigurosamente acendradas a lo largo del camino.

El puente donde murió se convierte así en una parábola, imagen poética y lección moral.<sup>7</sup>

Si el qué somos y el para qué son las preguntas fundamentales, la mitología occidental nos hizo claro que con sus dioses se podían esclarecer poéticamente los trabajos y los días. Por eso los guerreros confrontan esas preguntas y las resuelven a su modo. ¿No son eso las anfetaminas? La única manera de permanecer siempre despierto,

<sup>5</sup> V. Quirarte, *La Invencible*, p. 13.

<sup>6</sup> Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, p. 525.

<sup>7</sup> V. Quirarte, *op. cit.*, p. 25.

porque la vida en esta tierra nunca parece ser suficiente. Es la lucha contra el tiempo y las flaquezas del cuerpo, por más que el agobio físico sea la verdad revelada de Sísifo y Prometeo. Es saber que “la luz nunca traiciona a quien la busca”. ¿Inútil heroísmo? No. Es la señal primera del que combate: la herencia más segura: la “terquedad para consumir pequeñas victorias sobre el mundo”.<sup>8</sup>

Algunos subrayados en ciertos libros, la manera de llevar el traje, la risa en ciertas escenas de películas, determinados sitios del centro de la Ciudad de México son, así, la forma más segura de “herir los primeros golpes”, como aprendimos con Rodrigo Díaz de Vivar. Luego, como otra manera de ir señalando caminos, amigos del hijo, alumnos y los compañeros en el tiempo se convierten en memoriosos cómplices de otros hitos. Quizás allí hizo clara otra lección:

[...] quien no puede estar a solas consigo mismo no debe intentar escribir.<sup>9</sup>

Los que pudimos escuchar esos amables soliloquios del guerrero –siempre en el entramado de una conversación absorta–, lo comprendimos:

[...] el escritor es el más solitario de los seres y por lo tanto el más expuesto a convocar al diablo.<sup>10</sup>

La historia de México fue la pasión –otra de las santas laicas– del samurái. En ella se empeñó. Su manera de descifrarla fue la búsqueda de la palabra exacta. Y como sabía que ésta se le da sólo a quien más resiste, su lucha lo llevó por muchos autores y muchos libros. Un proyecto tras otro singularizaron un esfuerzo descomunal. De pronto los demonios parecieron conspirar, en cónclave finito, para hacerlo perder el rumbo. No lo consiguieron. Este samurái pudo entender que la Laicísima Trinidad es una y trina. Siempre supo –y lo demostró con su decisión inapelable– que Vida y Muerte son la misma moneda siempre en vilo. Y que la Vocación, la única manera de jugar con ella: lanzarla, atraparla, hacerla girar, escamotearla a los ojos del profano. Sabía que:

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 16.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 31.

<sup>10</sup> *Loc. Cit.*

El único consuelo que le queda a un escritor en actividad es que su próximo trabajo siempre sea el mejor.<sup>11</sup>

Vicente Quirarte escribió *La invencible*. Creo que era la única manera de entender las razones del samurái, con ellas ha comprendido la verdad de su armadura y de su espada. Saber el motivo de decidir cómo se muere no es exorcizar un duelo. Eso sería una simplificación injusta y excesiva. Es, ante todo, asumir sus propios demonios y saberse digno oficiante de esa religión laica, heterodoxa e ineludible. Como González Martínez, ha buscado develar ese misterio; como Fernando Pessoa, sigue indagando en las líneas de su desasosiego. Por eso se afirma: El puente donde murió –su padre– se convierte así en parábola, imagen poética y lección moral.<sup>12</sup> Consiguió saber que:

Si un hombre escribe bien sólo cuando está borracho, le diré: emborráchese. Y si me dice que con eso su hígado padece, le respondo: ¿y qué es su hígado? Es una cosa muerta que vive mientras usted vive, mientras que los poemas que escriba vivirán sin ningún mientras.<sup>13</sup>

La Laicísima Trinidad es insobornable. Pero admite todos los riesgos y todos los excesos. No admite oficiantes pusilánimes. En su altar se quema el incienso de Ulises, quien siempre supo que para existir con algo de plenitud se deben enfrentar todos los riesgos. Sobre todo para no decir, después de un recuento apresurado si no se cumplió con la obligación del oficiante digno, como en el poema de Mario Calderón: “Como Altazor, voy a caer sin saber untarme los ensueños.”

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 33.

<sup>12</sup> Véase *supra*, p. 215.

<sup>13</sup> F. Pessoa, *op. cit.*, p. 279.

## Bibliografía

Alighieri, Dante. *La Divina Comedia*, versión española de Enrique de Montalbán, México, Editora “Latino Americana”, 1957.

Pessoa, Fernando. *Libro del desasosiego*. Edición de Richard Zenith. Traducción de Perfecto E. Cuadrado. Barcelona, Acantilado, 2010.

Quirarte, Vicente. *La Invencible*. México, Joaquín Mortiz, 2012.